

LA ECOESFERA DE LA CONVERSACIÓN

José Biedma López

Filósofo y escritor. UNED. AAFi Jaén

"No sólo ha de ser aliñado el entender:
también el querer, y más el conversar"

Baltasar Gracián. *Oráculo manual*

Algunos de nosotros nos hemos dedicado o nos dedicamos profesionalmente a la educación, pero esa importantísima misión, que sin remedio debemos recomenzar con cada generación como sísifos portando piedras: de lo particular hacia lo universal, elevando esa mochila del barrio o de la dehesa en dirección a un mundo verdadero y justo para todos..., esa decisiva faena de la educación es también –como nos han recordado J. A. Marina y otros– responsabilidad de la tribu, o sea de la polis entera. Los maestros pueden hacer muy poco si no gozan del respaldo de padres y gobernantes en una aldea global y en un ciberespacio dominado por la Internacional Publicitaria, porque la voluntad mueve, pero es el ejemplo el que arrastra.

Como educadores de oficio, los profesores no merecemos ninguna devoción temerosa o supersticiosa (Vale, ¡se acabó el don del profe!, ¡pero no me llames "tío"!). Además, debemos dar cuenta y razón pública de cuanto hacemos, ¡faltaría más! Y por escrito, y venga escrito sobre escrito, "es justo y necesario", en papel y en la luz... El derecho a suspender no me exime de la obligación de explicar por qué suspendo. Ok. Pero no me quites el derecho a suspender ni a reconocer al rucio por sus campanillas. Resulta imprescindible el respeto y reconocimiento a la dificultad, competencia e importancia de la labor que venimos desarrollando los educadores, pues en la *paideía* de niños y jóvenes se juegan los pueblos sus futuros. Un pueblo que menosprecia a sus maestros está condenado a la

decadencia y al desastre. Y el que beneficia a los malos –ya lo dijo Séneca–, perjudica necesariamente a los buenos.

Uno tiembla de espanto cuando repasa el libro VIII de la *Politeía* de Platón y ve allí las quejas cumplidas de los profes de secundaria y hasta de los profes de universidad de hoy mismo, como en un espejo, cuando el ateniense describe los males de una democracia corrupta, próxima ya a la anomia de esa “feria de constituciones”, en la que los maestros temen a sus alumnos y les halagan (es decir, les engañan aprobando sus caprichos, consintiendo su desidia) y los padres temen a sus hijos y los malcrían, tolerándoles lo intolerable. Y la ley pasa a ser una tela de araña que detiene a bichos chicos, pero que vulneran sin castigo los bichos grandes... Por desgracia, las asociaciones de padres maltratados no son una distopía fantaseada por escritores futuristas, sino una realidad presente con la que he tenido la desgracia de despachar en mis tiempos de director de instituto público.

El compromiso con la educación (que es un arte, más que una tecnociencia) implica una decisión enérgica a favor de las más nobles ambiciones de la Cultura con mayúsculas, es decir, de la cultura entendida como proyecto de Civilización o “Educación para la Ciudadanía”. La civilización, por encima de la diversidad de culturas, supone tres cosas: Teatro libre, ascesis o epojé científica y esa racionalización y división de los poderes a la que llamamos Democracia, es decir, la apuesta por la consecución de la verdad (objetivo científico), la realización de la justicia (meta ética y política) y la representación de la belleza (su orientación estética). Los escenarios de la tragedia (nacida de los cantos de Dionisio) y de la comedia permitieron ya en el mundo griego la exposición crítica de las costumbres y la purificación emocional de la dura condición humana y por tanto, si no su progreso, al menos su consuelo estético. El teatro es un espacio de conversión y conversación, esa “flor estética de las civilizaciones” (Gabriel Tarde).

Aunque estas “cuasicosas” (verdad, justicia y belleza) no sean reales, y sólo existan como ideales o metas regulativas, la creación

cultural y la instrucción educativa es impensable o carece de vigor si no las postulamos como aspectos trascendentes del bien común, y hasta "trascendentales" en sentido kantiano, pues *hacen posible* el bien que pretendemos promover en cerebros, mentes y en el alma (inteligencia y voluntad) de las nuevas generaciones. A falta de ideales, no extrañare que quedáremos también sin ideas. Las imágenes religiosas de lo ideal en general no son despreciables, los mitos y la figuración de lo divino expresan diáfana y emotivamente el sentido de importantes valores, o sea, la fe en la salvación del hombre y la confianza en su futuro. Hablan del bien y del mal, del principio y del final, de lo bello y lo feo, es decir, de aquello sobre lo que la tecnociencia ni dice ni sabe nada. Las representaciones de lo celestial y de lo infernal hermanan o maridan con las humanidades. No obstante, las dogmáticas religiosas o políticas han de explicarse fuera de los centros educativos públicos, sus espacios naturales son la catequesis de la parroquia, de la sinagoga, de la madraza o de la sede del partido, donde no se duda, sino que se adoctrina y se rezan oraciones o consignas, lo cual no quiere decir que el sentimiento y la cultura religiosa deba ser despreciada en los centros públicos. A este respecto es muy conveniente repasar el sensato y elevado punto de vista de don Francisco Giner de los Ríos, maestro de maestros de la España contemporánea.

Vivimos en una sociedad imperfectamente secularizada, por lo mismo que fue hace algún tiempo una sociedad exageradamente adoctrinada. Leszek Kolakowski puso de manifiesto que, al contrario que al comienzo de la modernidad, la tensión entre lo sagrado y lo profano en nuestros días no se debe a la tiranía de la religión, sino más bien a la rapiña de lo profano por absorber en su seno cualquier saber, incluso el fútbol muda en religión. Especialmente avasalladora se muestra la racionalidad clínica con su tendencia a desplazar al juicio moral, de modo que se reducen a patologías todas las disposiciones humanas que antaño fueron consideradas viciosas o se interpretan como puros efectos genéticos o condicionamientos sociales las actitudes nacidas de las buenas costumbres o del esfuerzo. Con ello se elude cualquier responsabilidad. El carácter

(*ethos*) se reduce así a temperamento, y la libertad responsable deja su puesto a la necesidad natural o a la determinación social. El normópata dominante echa así balones fuera: La culpa es siempre del "Sistema". El avance del populismo doctrinario, dogmático y fanatizado, rojipardo o irisado, de uno o de otro color, tampoco tranquiliza y los extremos se tocan por su vocación totalitaria y violenta.

En los relatos de la Gran Literatura, religiosa o profana, oriental u occidental, en el humanismo de los clásicos es donde se forma el carácter y se conforman el entendimiento y la voluntad. ¡Ay, Voluntad!, esa capacidad de automotivación y autoestimulación, de libre concentración de la atención, ese poder de autorregulación racional de los apetitos que ha desaparecido en los protocolos y tecno-vaciedades de las políticas educativas, que se suceden como pesadillas psicodemagógicas; en las que se confía a la motivación externa la reacción presuntamente constructiva del alumno, como si el educador pudiera competir con la manzana envenenada de los Mass Media, saturada de dulzura y color; igual que la palabra "disciplina", término este con que se refería a la virtud del verdadero discípulo, también brillante por su ausencia, porque toda disciplina ha sido declarada obsoleta, menos aquellas que tienen que ver con el presentismo histórico de la cancelación y la multiplicación de las identidades sexuales (división disciplinaria, que diría Foucault) o con la sexualización sistemática del ángel. Nos entristece ver cómo muchos profesores bienintencionados abandonan en cuanto pueden las aulas, convertidas en jaulas de primates asilvestrados o en guarderías infantiles, pues no están dispuestos a ejercer de payasos ni a adoctrinar con los sermonarios de inclusividad y sostenibilidad *à la page*, y se sienten desamparados a la hora de ejercer la autoridad (que nada tiene que ver con el autoritarismo), despreciados por los "renegados de la tiza", a la sazón psicodemagogos de despacho y simposio abstruso y constructivista pagado con fondos públicos. Son los brujos de la posmodernidad que hablan el tecno-lenguaje de los dioses, la neolengua progre, ricos en *papers* y sin tiempo para leer a los clásicos.

El valor que le damos a estas nobles ideas (verdad, belleza, concordia), que tienen que ver con la formación de la voluntad y del carácter moral –“irrealidades creadoras”, como diría Enrique Pajón– y el papel que juegan en nuestra vida cotidiana transparecen en lo que hacemos y en lo que hablamos, pues decirnos y contarnos es también un modo del hacer humano, tal vez el principal porque el lenguaje es la auténtica “casa del hombre”. “La lengua ha constituido el primer lujo estético del hombre, el primer gran empleo de su genio inventor” (G. Tarde). Es banal recordar que las palabras son el instrumento esencial del pensamiento y el principal factor de humanización y civilización; vivir es convivir y somos *en comunicación*, esa “cámara de ecos” (McLuhan). G. H. Mead insistió en que ganamos identidad interiorizando conversaciones ajenas como si fuesen propias, intimándonos gracias a la memoria, a la imaginación y a la imitación de lo que cuentan otros, el proceso social de comunicación... La conversación es el “uterotopo” (Sloterdijk), la incubadora que proporciona al ser humano un sistema madre de inmunidad y de seguridad..., pero también puede ser caja de resonancia del odio o de los terrores de un infierno privado, si la conversación degenera en bronca de insultos y de reproches; dependiendo de lo que en la caverna doméstica se escuche y hable, así crecemos, sentimos, respondemos...

En la educación, lo verdadero ha de conservarse para su reutilización. El alma de la ciencia es tolerancia, pero es intolerable que la casa del humano esté afligida de goteras que hacen imposible las buenas maneras en la ecoesfera de la conversación cotidiana, sea esta oral o enredada. También la ciencia reclama escenarios y voces claras, que no se pierdan en un susurrar, en un gemir, en un quejarse o en un gañir animalesco. Por *conversación* entendía Tarde “todo diálogo sin utilidad directa e inmediata, en el que se habla sobre todo por hablar, por placer, por juego o por cortesía”...

“La conversación señala el apogeo de la *atención espontánea*, que los humanos se prestan recíprocamente, y mediante la cual se compenetran con infinitamente más profundidad que en ninguna otra relación social. Al hacerles

enfrentarse en la conversación les hace comunicarse por una acción tan irresistible como inconsciente. La conversación es, por consiguiente, el agente más poderoso de la imitación, de la propaganda de sentimientos, así como de ideas y de modos de acción" (*La Opinión y la multitud*, Taurus, 1986).

A medida que avanza la civilización se habla más y más deprisa... Naturalmente, la conversación incluye el chismorreo y la murmuración, pero en ella se corrigen las opiniones y se evalúan los intereses generales. Es normal que los jóvenes disfruten contradiciendo, como los cachorros mordiendo, que decía Platón, antes de dominar la dialéctica..., ya buscarán el acuerdo cuando maduren y evitarán la controversia violenta cuando envejezcan...

Muchas veces no se puede conversar, hay demasiado ruido, ni siquiera oímos la garrulería de los gorriones en el aire, aunque sí el graznido de los cuervos en el ágora. ¡Qué tiempos aquellos en los que el profe de historia organizaba el coro de voces blancas! Y tiene razón Sloterdijk: el escenario moderno está superpoblado de deprimidos y mimados, abandonados por el deber y decepcionados del querer, atravesados por un nihilismo de la realidad, de la verdad y de la (in)comunicación o del malentendido; un revival del discurso de Gorgias a favor de la Gran Meretriz, un nihilismo alimentado por la perezosa e irresponsable dejación de autoridad de políticos, padres y educadores, degradados en charlatanes sin escrúpulos, buscones de aplausos, poderes, canonjías y encomiendas bien retribuidas. Los pies tropiezan en las baldosas levantadas por el piso maltratado del escenario conversacional, donde debiera resplandecer en todo momento el respeto a la dignidad del otro, y no su despersonalización. ¿Cómo es posible que se blasfeme contra Lo Bueno en sí y el Bien Común llamándole "de puta madre"? ¿Cómo respetar lo que no se hace nombrar propiamente como respetable?: "tío", "tronco", "enano", "monstruo", "subnormal"...; demasiadas veces, los jóvenes no usan los nombres propios, se tratan y se dejan tratar a patadas, como cosas, como instrumentos, como meras gónadas malnombradas. ¿Cómo puede extrañarme que alguien se caliente, quemándome viva, tras hacer con mi alma o mi cuerpo

astillas, si me dejo llamar "tronca"? ¿Cómo es posible que el estar en forma sea más propio del "maquinón" que del cuerpo humano? Es especialmente lamentable esa torpe moda de rebajar los nombres propios de las personas a nombres comunes de cosas, renunciando a la mayúscula, como si no hubiera insistido Unamuno en que cada ser humano es especie única y, podríamos decir que aún, más arriba del ser, cada persona es género especial. No sólo es falsa humildad en los relucientes créditos, sino que tal vicio ortográfico de escribir nombres de personas con minúscula facilita y justifica la cosificación.

Muchos chicos y chicas de secundaria e incluso de bachillerato no saben cómo dirigirse a sus compañeros, a sus padres o a los profesores, no saben cómo dialogar constructivamente o expresar clara, pacífica y educadamente sentimientos y emociones, de ahí que los comuniquen mediante impertinencias, coces, insultos, manotazos, amenazas, imposiciones, exclamaciones e improperios. ¡De algún modo tienen que expresarse! Puede que estén demasiado acostumbrados a ver de qué manera se ejerce el terrorismo íntimo en la familia desestructurada o en trance de desestructurarse, o cómo los políticos se difaman e insultan en público recurriendo sin descanso a la falacia del *tu quoque*... La sensibilidad para la piedad, la compasión y el dolor está como anestesiada o, peor, espectacularizada. El odio une mucho, sectariamente. Y a un nivel más cotidiano, dar los buenos días, pedir las cosas por favor, agradecer los servicios prestados, interesarse por el bienestar de los demás, etc., exhibe debilidad y no se enseña ya en las casas, no hay tiempo que perder, todo tiempo es, con prisas, para la producción y el consumo. Falta confianza. Las habilidades para la conversación inteligente y el razonamiento lógico no son cualidades que caigan del cielo, salgan mágicamente del ordenador o se improvisen. Uno debe ejercitarse en ellas durante largos años de entrenamiento. Requieren atención y tiempo y la aplicación de algunas reglas básicas. Y lo cierto es que sin la restauración de los buenos modales y cierta elegante cortesía, el trabajo de instrucción educativa y de educación civilizadora resultan imposibles.

Como José María Romera advirtió hace ya muchos años, hemos caído en la hipocresía igualitarista del tuteo. Nos hemos precipitado, temerariamente y sin ofrecer suficiente resistencia. Y es que hay un tú familiar, afectuoso y cálido, que nos llega en la voz del otro como mano tendida hacia el corazón. Vale. Pero hay otro tú agresivo, insolente, procaz y desconsiderado, que desafía la urbanidad y se cuele de malos modos en la conversación rompiendo las reglas del trato. El usted no es sólo una antigualla, aunque me temo que su reposición en el espacio educativo va a ser difícilísima, si no imposible. El usted no es ni fue necesariamente síntoma de clasismo, como quieren hacernos creer los apóstoles de la Neolengua. Al tratar de usted a una persona venimos a ofrecerle el presente de nuestra modestia y nuestra discreción, mostramos respeto a su edad, su intimidad o su derecho a mantener distancia con nuestros usos y costumbres. Frente a la grosería del tú invasor, el usted es una forma civilizada de ese pacto social según el cual reconocemos la dignidad del otro. Y cuando llamamos de usted a un alumno lo animamos a crecer, a echar solera... El tuteo arrojadizo, no pactado, es como un aviso de que a partir de ahí nos arrogamos el derecho de cometer cualquier desmán sobre la persona del tuteado, puesto que damos por hecho que en cierto modo nos pertenece...

Y donde hay un exceso de confianza, acabará dando asco, ino lo dude usted! El malentendido sobre el usted, según Romera, proviene de un erróneo sentido de la llaneza, que no es sinónimo de democracia sino de vulgar aldeanería...

“Cuando a las primeras de cambio alguien se dirige a nosotros hablándonos de tú, conviene ponerse en guardia por si las moscas. No tardará en levantarnos la voz, en conminarnos a actuar según sus pautas de comportamiento, en curiosear impudicamente en nuestra vida o en meterse hasta la cocina. No: el usted no es un fósil, sino todo lo contrario. Si la sociedad moderna y civilizada se sostiene en el respeto a la libertad ajena, la mejor forma de trabar conocimiento con los otros sin romper el acuerdo de la

dignidad propia de cada uno es hablarle de usted. Luego, ya se verá. El único tú tolerable es el conquistado con el trato cordial, la demostración continua de afecto y buenos modos y el descubrimiento de una complicidad de gustos o intereses.”

Recomendemos la distancia que propiciaba Schopenhauer con la fábula de sus erizos escalofriados. Ni tan lejos que nos helemos, ni tan cerca que nos pinchemos. Buen consejo para las comidas navideñas. En nuestras palabras se manifiesta el tratamiento que nos damos y puede también manifestarse cotidianamente el amor a la verdad, la confianza en la vocación espiritual del hombre y, en fin, la gracia conquistada y las bellas formas imitadas; en vez de la grosería, la ramplonería, la procacidad, la violencia o el mal gusto. Practicar verbalmente la amabilidad no es muy distinto de ser amable. Ya lo dijo Aristóteles: acabamos siendo lo que hacemos. “Sé amable”, podría servir de imperativo categórico, especialmente en una sociedad plural y multicultural, porque sólo siendo amable podrá uno reclamar la consideración del otro, la atención amistosa del diferente.

Lo que somos y aspiramos a ser se manifiesta todos los días en lo que hacemos con el idioma. Las palabras tienen un mágico poder sobre nuestra vida más íntima, sobre lo que pensamos y sentimos: promueven sentimientos, buenos o malos, pueden representar, conmover, consolar, motivar, provocar, halagar, engañar, alienar, deprimir o herir como dardos envenenados, pueden animarnos o desmoralizarnos...

Educación de verdad, contagiar valores en la instrucción, empieza por esforzarnos en hablar mejor (y “menos golpeado”, que diría el hispano), conservando una atmósfera amable en esa segunda naturaleza de la conversación en que respira el ánimo, particularmente cuando es un hablar por hablar, cuidando con mimo ese habitáculo simbólico de signos, conceptos, juicios, razonamientos y versos, en el que deben madurar mentes y espíritus, porque al conversar los espíritus se interrelacionan y se

compenetran. Pues la Palabra en el aire, en el papel o en el monitor, nos labra en su seno, como si fuera Dios. Y el amor es, en su duración artística, en la promesa cumplida de una verdadera amistad, la confianza de una conversación personal e interminable, una confianza que promete confidencias y facilita el examen de uno mismo.